

S E R M O N  
 D E L A N A T I V I D A D,  
 D E M A R Í A S A N T Í S I M A,

predicado en el convento de los Remedios de Antequera.

*De qua natus est Jesus, qui vocatur  
 Christus. Matth. 1.*

Si por un efecto de fidelidad, senado nobilísimo, religiosísimos prelados, congreso ilustre de varones perfectos, sabios y piadosos oyentes, si por un efecto de fidelidad, repito, celebramos con regocijos públicos el nacimiento y exaltación al trono de nuestros príncipes y señores naturales, que en esta ocasión

acostumbran derramar beneficios sobre sus pueblos, ¿con qué alegría, con qué aclamaciones, con qué acciones de gracias no deberémos celebrar la gloriosa Natividad de María, esta Hija primogénita del Altísimo, Reina del cielo y de la tierra, destinada para Madre de Dios, y por consiguiénte para remedio del género humano? ¿Mas qué digo? ¿No se dexan ya ver en vuestros semblantes los caracteres indelebles de vuestra gratitud? Os haría ciertamente agravio si no os creyese herederos de la piedad de vuestros padres. Acostumbrados desde la tierna infancia á ofrecer los mas rendidos homenajes á esta Madre del Omnipotente, que venerais como dulce y benéfica Patrona baxo el título de *Remedios*, mirariais como vanos esfuerzos, por no decir como atentado, quisiese yo hoy persuadiros una estrecha obligacion que nace con vosotros mismos, y que vuestros mayores solicitaron grabar altamente en vuestros católicos y generosos

pechos. No es mi ánimo pues acusaros de ingratitude ó de negligencia en esta parte; antes sí el de encender mas y mas vuestros afectos, complaciéndome con vosotros mismos en los justos aplausos con que celebrais el Nacimiento de vuestra soberana Princesa.

¿Mas quién soy yo para promover vuestra alegría y encender vuestros ánimos? ¿O qué os diré de nuevo capáz de complaceros? Lo inefable de la materia y la dignidad con que hasta aqui ha sido desempeñada por tantos sabios oradores, á quienes justamente venero por maestros, cubren de confusion mi rostro. Pero hablo en mi propia casa, ante una comunidad respetable, á quienes debo mi segundo sér: hablo en una cátedra donde consagré al Señor las primicias de mi predicacion: hablo en un templo lleno todo de la magestad y gloria de María, y hablo á presencia de los hijos mas afectuosos de esta Reina: todo lo cual me infunde confianza, y mas

cuando me propongo hablar ceñido al elógio que de ella forma la iglesia universal en este dia.

«Tu Natividad, dice, ¡ó Virgen y Madre de Dios! ha llenado de gozo al universo mundo, porque de ti salió el Sol de justicia Cristo Señor nuestro, que borrando el anatema, nos dió la bendicion, y confundiendo la muerte, nos comunicó la vida eterna.» Hé aqui, señores, en substancia el mayor elógio que puede pronunciarse de la Natividad de María; elógio consagrado por la Iglesia mas há de once siglos: elógio que nos presenta sus mas augustos caracteres: elógio que nos asegura sus mayores beneficios: elógio, para decirlo de una vez, que nos descubre 1. su Dignidad. 2. su Poder. 3. su Beneficencia, como otros tantos remedios eficaces de nuestras dolencias. Tres breves reflexiones dignas de esta cátedra, de mi objeto, de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos.

Animad ¡ó Dios! mis palabras, y encended el corazon de mis oyentes con aquel fuego divino que abrasa en amor vuestro al de los justos, para que se renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Vuestra causa, Señor, se trata y la de vuestra Madre augusta: no permitais profane vuestro divino testamento con labios impuros; purificadlos como los de vuestro profeta, para que dignamente anuncie vuestras obras y misericordias. Este auxilio os pedimos humillados ante ese augusto trono, fuente, origen y principio de toda gracia. *Ave MARIA.*

*De qua natus est Jesus &c.*

**S**i quisiese, señores, imitar en este dia á un célebre orador de Filipo, rey de Macedonia, concluiría en un solo periodo el completo elogio de la dig-

nidad de María y del remedio universal que nos preparó en su Nacimiento la sabia Providencia. Bástanos saber, dixo, que fuiste padre de Alexandro; dexando asi entrever todo el fondo de su panegírico; esto es, la exáltacion del padre por las glorias del hijo. ¿Con cuánta mas justicia podria yo concluir el de María, diciendo: bástanos saber que naces para Madre de Jesucristo? Dignidad incomparable, origen de toda su exáltacion y su grandeza, fuente de sus privilegios y manantial inagotable de sus dones. ¿Mas qué digo? ¿No son estas breves palabras las que profiere en su elogio el evangelio de este dia? ¿No dice únicamente que de María nació Jesus, que se llama Cristo? ¿Y no basta, os ruego, esto para que la creamos elevada á la mas alta dignidad que obtuvo, ni pudo jamas obtener pura criatura? Reflexionemos. María, Madre de Jesus; ¿quién medirá la elevacion, la profundidad, la

latitud de esta encumbrada montaña de Sion, montaña de Dios, montaña santa, montaña donde habita el Señor con complacencia? ¿Quién no divisa este animado promontorio de resplandor y de luz, elevándose sobre otros de incomparable altura; quiero decir, á María sobre los ángeles, arcángeles, tronos, virtudes, principados, dominaciones, potestades, querubines y serafines; de una vez, sobre todo lo que no es Dios?

María, repito, Madre de Jesus; ¿qué rasgos tan maravillosos de potencia, de magestad, de gloria no nos presenta la fe en un tal misterio! Formemos, señores, idea por su estrecha union con Jesucristo. Esta union en efecto no es una simple union de afinidad ó de sociedad, es una union de consanguinidad, que la constituye, segun S. Agustin, de una misma substancia, de una misma carne, de una misma sangre con Jesucristo: vínculo tan estrecho, que como el hijo en lo

humano no puede representarse sin madre, Jesucristo no puede concebirse sin María: y como el hijo es una porcion de su madre, Jesucristo es una porcion de María. Dignidad verdaderamente sublime, de la cual concluye S. Gregorio, que María en virtud de ella solo reconoce por superior á Dios, que le comunica en el modo posible su inefable perfeccion de engendrar á su Unigénito; pues es de fe puede ella con toda verdad decir: vos sois mi Hijo muy amado, en quien yo me he complacido, y á quien tan verdaderamente engendré en la plenitud del tiempo, como vuestro Padre celestial os engendra en el esplendor de los santos.

María, Madre de Jesus; ¿qué incomparable perfeccion no le comunica el Padre Eterno! Para que la conozcamos nos eleva S. Bernardo hasta el trono de Dios, para que alli contemplemos la divina generacion del Verbo. Ved, nos dice, la admirable propor-

cion que hay entre la eterna fecundidad del Padre, y la maternidad misteriosa de María. Si el Padre engendra á Jesucristo de su propia substancia, María le concibe de su misma sangre: si el Padre le engendra por el conocimiento de sus grandezas, María le concibe por la humilde confesion de su nada: si el Padre le engendra de un modo inefable, María le concibe de un modo milagroso: si el Padre le engendra semejante á sí mismo, María le concibe semejante á sí misma y á su Padre: si el Padre en fin divide solo con María los derechos que tiene sobre Jesucristo, María solo divide con el Padre los derechos incontestables que tiene sobre su Unigénito.

María, Madre de Jesus; ¡qué altísima dignidad! Á vosotros, ángeles del cielo (uso de las palabras de un célebre orador moderno), á vosotros, ángeles, comunicó el Padre su pureza; á vosotros, profetas, comunicó sus luces; á vosotros, reyes de la

tierra, comunicó su magestad; á vosotros, héroes y conquistadores del universo, comunicó su poder; con vos sola, ¡ó santa Madre de Dios! divide, para decirlo así, su divina fecundidad. Vosotros, ángeles, fuisteis embaxadores de Jesucristo; vosotros, profetas, fuisteis sus pregoneros; vosotros, justos del antiguo testamento, fuisteis sus figuras; reyes y jueces de Judá, vosotros fuisteis sus ascendientes; María, mas privilegiada que vosotros todos, viene á ser su verdadera Madre; el seno de una Vírgen es tan luminoso como el del Padre celestial. Los ángeles se admiran, gime el infierno, tiembla y se estremece: toda la tierra en fin resuena en alabanzas de María, que viene á ser la Madre del Criador.

Confundíos aqui, Arrios impíos, blasfemos Maniqueós, Nestorios orgullosos, rebeldes Valentinianos y Helvidios, Eutiques presuntuosos, necios Jovinianos, Julianos pérfidos, á presencia de la sabiduría que encierra

este misterio. A pesar de vuestra perfidia triunfará nuestra religion, y confesarémos á Jesucristo verdadero Hijo de Dios y de María; Dios verdadero, y verdadero hombre; una sola persona, y sin confusion de naturalezas; consubstancial al Padre segun la divina, inferior á los ángeles segun la humanidad, y hecho participante de nuestras miserias, á excepcion del pecado.

Y tú, ó grande enfermo del género humano, como S. Agustin se explica, tú, que yaces mortalmente herido, y en total impotencia de curarte, respira finalmente; pues tocado el Hijo de Dios de tu deplorable estado, viene ya á curarte qual médico omnipotente: despues de la revolucion de los siglos, llegó al fin la plenitud del tiempo, la noche terminó, vino la aurora, desaparecieron las tinieblas, y el sol difundió sus rayos para iluminar á todo el mundo. Hé aqui una Heroína singular, que viene á proveer-

te de universal remedio: hé aqui, digo, María, obra de los consejos eternos, á quien el Todopoderoso elige para dar dueño y paz á la tierra, fe á las naciones idólatras, fin á los vicios, orden á la vida, arreglo y disciplina á las costumbres, como S. Gerónimo se explica: hé aqui una criatura incomparable, en quien va á residir como en trono de su misericordia el Señor de las Magestades, el Dios de la santificacion, el Padre de la castidad, el Autor de la incorrupcion, el Conservador de la verdadera paz, el Libertador de su pueblo, el Medianero de la salud, como se explica el Taumaturgo. Hé aqui en fin la muger verdaderamente fuerte y superior á toda criatura, en la qual no se sabe qué cosa sea mas admirable, si su altísima dignidad, ó si el poder limitado que Dios le comunicó para remedio del linage humano.

II. Como el Señor es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, adorablemente ingenioso por la sa-

lud del hombre, dispuso que sus mayores amigos tomasen baxo su proteccion y amparo los diferentes reinos, ciudades y villas del universo cristiano, para que por medio de sus oraciones y ruegos desarmasen su justa cólera, y sirviesen como de canales á sus inmensos beneficios. Por un efecto de esta divina economía, y queriéndoo proveer de remedio universal en todas vuestras aflicciones, inspiró á vuestros ascendientes el saludable pensamiento de votar por Patrona á María, cuya proteccion es la mas poderosa. Seguidme sin desmayar.

Desde que la antigua serpiente engañó á nuestros primeros padres, y en ellos á todos nosotros, fue amenazada del Altísimo con el poder de una muger que quebrantaria su cabeza. Formó á esta criatura extraordinaria como un terrible ejército en orden de batalla. Comparóla á su caballería contra los carros de Faraon, haciéndonos traer á la memoria, segun la expre-

sion de S. Gregorio, el ministerio de sus santos ángeles en el castigo de los egipcios; dióla en fin un poder sin límites, haciéndola superior á todo lo que no es Dios. Esta es, Señor, la muger verdaderamente fuerte, que dificultaba hallar el sabio, cuyo valor es inestimable; y en frase de los padres de la iglesia, ella es el principio de la salud, árbol de la vida, remedio del mundo, puerta del cielo, redentora con el Redentor, mediadora con el Mediador, víctima con el Cordero sin mancha, y torre fortísima de David, donde estan pendientes mil escudos inexpugnables, para que podamos prevalecer de todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

En vano pues se glorían los wolscos del poder y fortaleza de su reina Camila: en vano celebran los asirios á su idolatrada Semíramis; los masagetas á Tomiris, los egipcios á Cleopatra, y los orientales á Zenobia. ¿Qué mérito el de estas decantadas

heroinas respecto del poder de María?  
 ¿No triunfa ella diariamente del demonio, cuya potencia no hallaba Job con qué compararla sobre la tierra? ¿No triunfa, repito, de este infernal dragon con mas fortaleza que Judith de Holofernes, que Esthér de Aman, que Jael de Sisara, que Thebites de Abimelech, y que de Seba la muger de Abela? ¿No ha trastornado ella, dice Eutimio, las aras de los ídolos, y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana? ¿No ha exterminado todas las heregías, como la iglesia canta? ¿No ha castigado con último suplicio á todos los enemigos de su honor y de su culto? Aqui la lengua blasfema de Nestorio es roida de gusanos, porque se opone á su augusta cualidad de Madre de Dios: alli arroja el infame Arrio las entrañas, porque niega la divinidad de su Unigénito: aqui el impío Coprónimo se abrasa interiormente con un fuego infernal, por haber

blasfemado contra el honor virginal de esta Reina: alli el pérfido Juliano es penetrado de una saeta, por haber calumniado su pureza; aqui..... mas ¿para qué me canso y os molesto?

¿No es constante, Señor, que esta feliz criatura es superior en poder á los ángeles, á las potestades, á los tronos, y que Dios la hizo Reina del cielo y de la tierra? ¿Quién podrá pues resistir su poder? ó ¿qué no podrá obtener á favor de sus hijos? No diré yo por un exceso de piedad, ó de una falsa y mal entendida devocion, que tiene autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha condenado su Unigénito. Esto seria debilitar su poder, y en vez de elogio una atroz injuria contra Jesucristo y contra María; pero sí diré con un moderno orador, que puede conseguir lo que no pudo Abraham, esto es, el perdon de una ciudad infame: sí diré, que puede contener mejor que Moisés las venganzas



del Señor contra un pueblo idólatra; sí diré, que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onias y Jeremías á Judas Macabeo; diré en fin con toda la iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce por su madre á María, y que inclinado á las súplicas de esta augusta medianera, le dice como Salomon á Bethsabé: pide, Madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones: yo pondré donde os agrada mis ojos de misericordia; á vuestras oraciones suspenderé mi cólera, cerraré los abismos, encadenaré al demonio. Sé tú el refugio de los pecadores, el remedio de los afligidos, la fortaleza de los flacos, la protectora de los pueblos, y la reconciliacion para el dia de la ira. ¿Qué no debéis pues esperar, nobles antequeranos, de patrona tan poderosa, principalmente si atendeis á su carácter tan benéfico?

III. La beneficencia, Señor, ha calificado en todo tiempo á los mayores

héroes. Como Jesucristo, Rey inmortal de todos los siglos, es por esencia la bondad y la comunicacion del bien, dispuso que sus mayores amigos lo sean con respecto á este adorable exemplar, sin cuya conformidad nadie puede ser salvo. Segun este principio de nuestra moral, María santísima, que en las miras del Omnipotente debia aventajarse á toda pura criatura en calidad de Reina del cielo y de la tierra, y de Madre de su Criador, debe sin duda ser la mas benéfica de todas ellas: siendo de fe que es superior por gracia á todo lo que no es Dios. De este solo principio se concluye con evidencia, que su proteccion es la mas benéfica.

¿Pero qué digo? Aun cuando quisiese yo ocultar con un silencio infiel sus continuos beneficios al género humano, ¿no bastaria por todos su divina Maternidad, por la cual hubimos aquella Hostia pacífica, en que fundaba sus esperanzas la antigua ley: Hostia que ha sido, es y será consolacion

de la nueva: Hostia viva é inmaculada; nuestra santificacion y redencion, que quita los pecados del mundo, y que purifica con su propia sangre? Por otra parte, ¿no es cierto que los templos consagrados á Dios en honor de esta gran Reina son como el arca del testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que la invocan, y un remedio universal de sus aflicciones? Recorred los anales y fastos de las diferentes naciones que se glorían de la proteccion de María, y hallaréis erigidos por todo el orbe cristiano muchos preciosos monumentos en señal de gratitud á sus innumerables beneficios.

¡Que no pueda detenerme á presentaros aqui todos los ilustres trofeos de las enfermedades y miserias humanas, que penden en nuestros templos como otros tantos monumentos eternos de la beneficencia de María! ¿Quién, os ruego, ha estimulado á los reyes para

que pongan baxo su poteccion su trono y sus estados? El carácter benéfico de María. ¿Quién, repito, estimula al guerrero para que la invoque en los combates, al marinero en la borrasca, al viagero en el peligro, al pobre en la miseria, al moribundo en la agonía? El carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al pecador á implorar su augusto Nombre? El carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al justo á buscar su proteccion para conseguir el don de la perseverancia? El carácter benéfico de María. ¿De dónde en fin dimanar como de asilo todas las gracias concedidas al pueblo cristiano, y el remedio de sus necesidades? Del carácter benéfico de María. Los Justinianos, los Heraclios, los Comnenos, los Montfortes, los Estanislao, ¿no obtuvieron en este augusto Nombre la victoria de sus enemigos, y la seguridad de sus estados?

Pero no mendiguemos exemplos extraños. España, Señor, España misma,

que desde el suceso del Pilar se gloría de la augusta protección de esta Reina, ¿no podrá deponer sobre su singular beneficencia? Aquí D. Pelayo, príncipe de Asturias, encerrado en una cueva, y cubierto de piedras, dardos y saetas por una gran multitud de bárbaros, invoca su patrocinio, y ve perecer en un momento ochenta mil de ellos, unos penetrados de sus mismas saetas, y otros precipitados por los montes. Allí Alfonso VIII, rey de Castilla, triunfa baxo la misma protección de toda la morisma, dexando doscientos mil enemigos en el campo de batalla. Aquí Alfonso IX, rey de España, deshace un numeroso ejército de moros, dexando poblado de cadáveres todo el campo por la visible protección de esta reina. Allí Jacobo I de Aragon, llamado el *Victorioso*, después de haber libertado tres grandes reinos del poder de los mahometanos, y de haber edificado infinidad de templos en honor de María, consiguió baxo

su patrocinio aquella memorable victoria del reino de Valencia, en que un sinnúmero de enemigos aparecieron muertos sin heridas.

¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio, qué cuerpo ya civil, ya militar, ya literario, ya eclesiástico no ha experimentado grandes beneficios baxo esta augusta Tutelar? Vosotros mismos, piadosos antequeranos, ¿cuántas veces no habeis sido favorecidos de vuestra Patrona en las necesidades espirituales y temporales? ¿No ha sido ella vuestro universal remedio en las urgentes tribulaciones de la hambre, de la peste y de la guerra? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas no os ha prevenido con bendiciones de suavidad y de dulzura, para que no caigais en el abismo de las culpas? ¿Cuántas no os ha sacado de entre las mismas fauces de sataná con su poderosa intercesion? ¿Quién hay,

para decirlo de una vez, que no haya experimentado muchas el calor de su misericordia?

¿No podré yo, señores, concluir de aquí, que la Natividad de María, elevada por Dios á la mas alta dignidad, al poder mas sublime, á la mayor beneficencia que jamás se confirió á pura criatura, llenó de gozo al universo mundo, como precursora de la próxima redencion, y como remedio universal del género humano? Apoyado sobre estas verdades, que son el fundamento de nuestra religion y nuestra moral, ¿no podré complacerme con vosotros en tanta celebridad? ¿No podré con este motivo alentar vuestra confianza en la proteccion de tan excelsa, poderosa y benéfica Patrona? ¿No podré daros la enhorabuena de que militéis sobre la tierra baxo la tutela y amparo de una Madre que tiernamente os ama, y que es poderosa para destruir todas las huestes infernales, y salvaros de sus astucias y

ardides? Si conoceis pues, os diré con S. Bernardo, que fluctuais en el mar tempestuoso de este siglo, fixad la vista en el norte de María, para no quedar sepultados en sus ondas. Si se enfurecen los vientos de las tentaciones, si tropezais con escollos de tribulacion, recurrid á María. Si os turba la gravedad de vuestros delitos, si os confunde el horror de vuestra conciencia, y el terror del juicio, buscad vuestro refugio en María. En los peligros, en las angustias, invocad á María. No falte de vuestros labios, no se aparte de vuestro corazon, para que consigais el remedio universal en vuestras necesidades, porque no es posible, dice un padre de la iglesia, perezca un devoto de María. ¿Qué estímulo de confianza! ¿qué satisfaccion para vosotros los que os gloriais de su alta proteccion!

Mas no aprehendamos, señores, por luz las que son tinieblas. He dicho y repito, que no es posible perezca un

devoto de María. ¿Y quién es este? ¿por ventura el que se contenta de honrarla con los labios, sin amarla de corazón? Esta clase de devotos abunda mucho en el pueblo cristiano. Confesémoslo de buena fe, señores. ¿Qué es lo que tocamos por una lamentable experiencia? Innumerable multitud de gentes que concurren á este templo á solicitar el remedio de sus necesidades, pero que al mismo tiempo nada omiten de sus placeres, ó que mantienen de por vida el divorcio, la discordia, el pleito injusto, el trato sospechoso. Devotos de María, pero que ó no dan en conciencia su trabajo, ó retienen la sangre del pobre, ya defraudándole en sus limosnas, ó ya en sus justos salarios. Devotos de María, pero que viven como otros tantos fariseos llenos de orgullo y de soberbia, cargados de pasiones violentas, de vicios delicados y sutiles, y que baxo el pretexto de celo desacreditan sin cesar al sacerdote, al magistrado, á

las personas libres y casadas, hablando en tono de oráculos de la corrupcion del siglo y relaxacion de las costumbres, sin reformar jamas las suyas. Devotos de María, pero que no dexan la mala costumbre de jurar, de maldecir, de blasfemar, ni restituyen la hacienda ni la honra que han quitado, ni jamas se han propuesto un deseo sincero de convertirse á Dios. ¿Juzgais, señores, tengan vida estos huesos áridos de la religion, estos cadáveres de la fe, á cubierto de algunos actos de piedad, de algunas oraciones tibias, dirigidas á Dios por medio de su Madre? ¿Son estos los devotos que no pueden perecer? ¿Tendrán estos seguro su remedio en María?

¡Ah señores! en vano os gloriaréis de su alta, poderosa y benéfica proteccion, si no aprendeis á ser sus devotos verdaderos. Tales son, segun el espíritu de la iglesia, los verdaderamente convertidos, los que buscan su salud eterna, los que sincéramente se proponen volver á Dios, de quien se han separa-

do por la culpa, los que temen los juicios del Señor y desean amarle eficazmente, los que se apartan de las sendas de la iniquidad para entrar en las de la justicia, baxo la proteccion y amparo de María. Ninguno que persevere en este propósito padecerá ruina, todos se salvarán y conseguirán el remedio universal de sus males. Si somos pues hijos de Abraham, que sean de Abraham nuestras obras; quiero decir, si nos gloriamos del poderoso y benéfico patrocinio de María, si la veneramos por patrona, no pongamos impedimento á su influxo con el desarreglo de nuestra vida.

Augusta y soberana Madre, remedio nuestro, abogada nuestra, consuelo nuestro, dulce esperanza nuestra, desde el sόllo de grandeza á que os elevó el Todopoderoso no os desdeñeis echar una mirada favorable sobre nosotros. Pecamos, hemos errado las verdaderas sendas. ¿Mas cómo podremos volver á ellas, si el conductor nos falta? No somos dignos de tanto beneficio. Mas sois

Madre nuestra y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz del estado y de la iglesia. Cesen ya, Madre mia, los rigores de justicia que merecen nuestras culpas. No veamos mas desolaciones en nuestra patria ni en nuestro santuario: no veamos injuriado á vuestro Hijo, arrastradas y deshechas las imágenes de vuestro culto. ¿Qué, han de entrar en este templo incircuncisos de corazon? ¿han de profanar vuestros altares? ¿han de afean vuestro simulacro? Aquí de vuestra potencia benéfica. Rogad al Dios de los exércitos conmueva el desierto de sus corazones, que los atraiga y los convierta, para que todos conozcamos y confesemos que solo á Dios se le debe el honor, la fortaleza, la gloria, la virtud y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

